

Oración de un estudiante de Medicina

“Señor, Tú me has mirado por el ojo del enfermo,
y has visto mis dudas,
mi poca ambición para aprender lo que debiera,
mi impotencia, mi desaliento.
Has visto cómo escondía los ojos tras las manos ante la realidad.
Has experimentado mis dudas, mi voz
buscando recursos y rodeos,
mis dedos aprendiendo a buscar temblorosamente algún órgano.
Y me has visto, quizás, llorar en algún escondrijo
buscando una respuesta o descargando mi alma
de la emoción de un momento
en que tuve que aparentar firmeza.

Y yo Te he mirado por ellos, los enfermos,
en la palabra teñida por el sufrimiento,
en la vida que tropieza tres veces con la piedra de la tristeza,
en la mano misericordiosa que lava un cuerpo dolorido,
en el niño que simplifica el dolor,
en la voz de quien se abandona a la marea de tu voluntad
y en aquel que espera ya que seas Tú
quien lo reciba en el puerto sin faro de la muerte.
Ellos han dado a mi vida universitaria calor, que no tenía,
y son el cirineo que dirige mis huellas hacia a tu sombra...
Y por ellos mi cruz sale al asfalto de la vida
para buscar la tuya en la tarde sin descanso del día a día.
Ahora mi bata blanca
está más gastada y más hecha a mi cuerpo,
igual que la cruz ha hecho su nido
en la blandura de mi hombro
y cada vez yo soy más cruz y la cruz es más yo.

Sólo te pido
que mi voz se temple y dé consuelo,
que mi oído escuche en el silencio,
que mi dedo palpe con acierto,
que mi mente piense con limpieza,
que mi mano repare con ternura,
que mi ojo enjuicie con criterio
y que, cuando tu mano se abra poderosa
por debajo de la almohada del enfermo
y, ya sin clavos ni madero,
busque firmemente la suya para enseñarle tu Reino,
mi palabra sepa estar aliviando el llanto de la Angustia
y acompañando con pasión a la muerte,
a tu Buena Muerte, Señor”.

LUTGARDO GARCÍA DÍAZ, SEVILLA